

Luis Ramiro Beltrán

Comunicología de la liberación, desarrollismo y políticas públicas

Edición y prólogo de Manuel Chaparro Escudero
Introducción de Alejandro Barranquero

Laboratorio de Comunicación y Cultura
COMandalucía
Universidad de Málaga

IMEDEA

lucede:gálibo

© 2014, Luis Ramiro Beltrán Salmón
© 2014, Alejandro Barranquero (introducción)
© 2014, Manuel Chaparro Escudero (prólogo)
© 2014, Luces de Gálibo (Gorbs Edicions SL), Girona / Málaga
© 2014, Imedeia (Investigación de Medios, Desarrollo de Estrategias y Análisis)
© 2014, Comandalucía (Laboratorio de Comunicación y Cultura, Universidad de Málaga)

Coordinación: Silvia Olmedo Salar
Diseño: Ferran Fernández
Maquetación: Zaranda & Jo
Edición de textos: Ferran Fernández y Elena Campos Valladares

ISBN: 978-84-15117-27-8
Depósito legal: G1-828-2014

Imprime: Kadmos
Impreso en España / *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Luces de Gálibo donará el 1 por ciento de los beneficios producidos por la venta de este libro a la ONG Acción en Red.

Índice

- 9 Prólogo > Manuel Chaparro Escudero
- 17 El pensamiento comunicacional de Luis Ramiro Beltrán
> Alejandro Barranquero
- 53 Las comunicaciones: instrumento olvidado
del desarrollo nacional
- 61 Apuntes para un diagnóstico de la incomunicación
social en América Latina: la persuasión
en favor del *statu quo*
- 91 Desarrollo rural y comunicación social:
relaciones y estrategias
- 117 Las políticas nacionales de comunicación
en América Latina
- 147 La investigación en comunicación
en Latinoamérica: ¿indagación con anteojeras?
- 205 Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación
sobre comunicación en América Latina
- 241 La comunicación entre EEUU y América Latina:
un caso de dominación cultural
- 269 Adiós a Aristóteles: la comunicación «horizontal»
- 307 Neoliberalismo y comunicación democrática
en Latinoamérica: «plataformas y banderas»
para el tercer milenio
- 363 Comunicación para la democracia: la radio
popular y educativa en Latinoamérica
- 375 Salud pública y comunicación social
- 387 La comunicación para el desarrollo
en Latinoamérica: un recuento de medio siglo
- 441 Un memento latinoamericano del Informe
MacBride: sigue en pie el catecismo de utopías
- 449 Comunicación para la democracia
en Iberoamérica: memoria y retos de futuro

A Nohora Beltrán

Prólogo

Manuel Chaparro Escudero

Cuando se llega por primera vez a las resacas y altiplánicas tierras de Oruro sorprende la dureza del paisaje, del clima y la cotidiana resistencia de su gente a sus casi 4000 metros de altitud. Solo cuando uno se adentra puede descubrir que un orureño es capaz de dar la vuelta a todo para hacer la realidad a su medida. No es una metáfora, de la nada producen y fabrican y de la nada en esa dura pampa crearon un carnaval de colores, patrimonio de la humanidad capaz de llenar de color y luz durante día y noche, una ciudad camuflada en el color de la tierra. No es una metáfora, la gente de Oruro es ingeniosa. A Oruro llegan los autos usados de Japón a través del puerto peruano de Iquique y con una habilidad sorprendente los mecánicos cambian volante de derecha a izquierda, pedales, panel de indicadores, cables, eje, y como nuevo. Así circulan cientos de autos denominados *transformers* por las calles de Bolivia, y todo es normal. A veces quedan los indicadores a la derecha del volante por no querer gastar más plata, pero que importa quién mira ese panel mientras conduce, solo se mira cuando algo no funciona. En Bolivia no se puede circular por la izquierda, así que hay que adaptar el vehículo a la realidad del país, a sus necesidades.

No es de extrañar por tanto, que fuera un boliviano nacido en Oruro quien se atreviera a darle la vuelta al paternalismo difusionista estadounidense y hacerles comprender y recordarles que la información no es comunicación, que comunicación es un diálogo entre iguales y las tecnologías de la información deben facilitar este diálogo de la construcción social permanente, que su modelo comunicacional debía ser corregido y transformado para recuperar la dirección correcta.

Los más influyentes investigadores, como reconoció David Berlo (director de su tesis en 1972), tuvieron que aplicarse en revisar sus escritos y entre ellos el más leído e influyente en su época Everett Rogers. Pocos años más tarde Rogers no solo discernía sobre el verdadero sentido de la comunicación, también de las contradicciones del modelo desarrollista, que, como recuerda Servaes en un histórico

artículo,¹ basa sus indicadores en meras cifras macroeconómicas cuantitativas: «India, China, Persia y Egipto eran antiguos, viejos centros de civilización [...], sus ricas culturas han provisto de hecho la base de las culturas occidentales contemporáneas [...], su vida familiar brinda una intimidad más cálida y sus logros artísticos fueron más grandes, esto no es desarrollo. No podría ser medido en dólares y centavos» (1976).²

Las teorías de comunicación dominantes desde hacía treinta años fueron revisadas y cuestionadas con atrevimiento, pero también con la certeza que la misma realidad imponía. Aquella comunicación para el desarrollo no era sino un ejercicio de dominación que seguía subyugando con prácticas colonialistas a aquellos a los que se pretendía liberar de la lacra del subdesarrollo. El subdesarrollo marcaba en punto de inflexión entre quienes tenían acceso a la sociedad de consumo y quienes no disponían de moneda para comprar lo que se ofrecía, fuese o no de utilidad.

Luis Ramiro Beltrán se convirtió en el catalizador de un pensamiento latinoamericano que ejercería una gran influencia en todo el continente. Dolía la tierra, dolía ver como el desarrollismo impuesto como una noble aspiración estaba creando bolsas de miseria en todos los países latinoamericanos, como los avances democráticos no se producían por la resistencia de las oligarquías y su alianza con la política hegemónica de los EEUU. Los medios eran reflejo de esta realidad, no existía una voluntad emancipadora, eran propiedad de élites dispuestas a negar cualquier principio de progreso que significara compartir la riqueza.

La llamada Escuela Crítica Latinoamericana, de la que Luis Ramiro Beltrán fue pionero, cuestionó la comunicación dominante, el sistema vertical de imposición de imaginarios, como uno de los principales problemas para el progreso en la región y defendió la comunicación como ejercicio de liberación y gobernanza ciudadana.

Pasquali y Beltrán, junto a Verón, Marques de Melo y Bordenave, fueron pioneros y ejercieron una gran influencia. El primero desde el cuestionamiento a la estructura de medios dominante en la información y marcando diferencias con la comunicación como proceso democrático

1 Servaes, Jean (1999): «Comunicación para el desarrollo: tres paradigmas, dos modelos», *Temas y Problemas de Comunicación* 10, Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Río Cuarto (Argentina).

2 Rogers, E. M. (ed.) (1976): *Communication and development*, Beverly Hills, Sage.

y de apropiación. En Beltrán encontramos estas mismas ideas pero va más allá en su obsesión por buscar y plantear soluciones. ¿Cómo puede y debe ayudar la comunicación al progreso? ¿Cómo usar la comunicación para implementar conocimiento en la producción agrícola, en la salud, la educación, en la democratización? Beltrán en este empeño se convertirá en el impulsor, defensor y formulador de las políticas públicas de comunicación, como paso imprescindible para impulsar las medidas legislativas que hagan de la comunicación el eje que facilite la transformación social y permita el acceso a sociedades libres y desarrolladas.

La importancia de la Conferencia de Costa Rica en 1976, el Nuevo Orden Mundial de Información, el Informe MacBride, son hechos históricos imposibles de entender sin la influencia que un paciente y meticulado Beltrán supo transmitir. Él fue el encargado de elaborar el documento de debate de la Reunión de Expertos Latinoamericanos en Políticas de Comunicación convocada en Bogotá en 1974. En una primera reunión celebrada en París (1972) la Unesco, como recuerda Exeni,³ ya había identificado los problemas capitales de la comunicación al denunciar la «identificación entre poder y medios, la relación entre tecnologías de comunicación y un posible desplazamiento de las economías desarrolladas hacia actividades de información y comunicación, el manejo comercial o político de los medios de control social» (1998), discursos críticos que estaban surgiendo desde América Latina.

Las conclusiones de Bogotá se trasladaron a la Primera Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe celebrada en 1976. No eran buenos tiempos, las dictaduras latinoamericanas estaban alargando su sombra de la mano de EEUU. Aun así, la Declaración de Principios de aquella Cumbre sigue siendo un referente esencial y dio pie a la Unesco y a los Países No Alineados a buscar caminos de emancipación propios.

En Beltrán también está la inevitable influencia que en América Latina y en aquel contexto reivindicativo tuvo Paulo Freire y su pedagogía de la liberación que acabará por alimentar la comunicología de la liberación. Existe aquí una cuestión crítica que no debe escapar a quien se enfrente a los escritos de Beltrán, de Bordenave y sus coetáneos como impulsores de la comunicación como factor imprescindible de progreso. Freire no se refirió a la cuestión del desarrollo a la hora de centrar sus

3 Exeni, José Luis (1998): *Políticas de comunicación. Retos y señales para no renunciar a la utopía*, La Paz, Plural.

objetivos pedagógicos, educación y comunicación eran las puertas a la emancipación a la liberación individual y consecuentemente colectiva. En su modelo pedagógico la comunicación es el principio que suscita y despierta la inquietud del conocimiento y la libertad que este produce para tomar decisiones de gobierno personal y colectivo en la vida. Sin embargo, sorprendentemente, parte de los educadores que reivindican el pensamiento de Freire hablan de educación para el desarrollo y lo mismo ha ocurrido con quienes identifican la comunicología de la liberación con la comunicación para el desarrollo.

A finales de los años sesenta se produce una eclosión de pensamiento crítico contra las políticas desarrollistas. Es el comienzo de las denuncias del fracaso del modelo y de la imposibilidad material de alcanzar los objetivos. Georgescu Roegen, la Fundación Dag Hammarskjöld, Faletto y Cardoso y hasta la propia Unesco. Era obvio que el modelo de vida estadounidense no era trasplantable sin altísimos costes para la ciudadanía y los ecosistemas de los países marcados por el estigma del subdesarrollo, llegar a la sociedad de consumo no presuponía, además, ninguna garantía de mejora estructural, ni de felicidad como se estaba demostrando. Era del todo obvio que solo perseguía ensanchar las fronteras de la sociedad consumista y explotar recursos ajenos. Esta fue una de las razones de que Latinoamérica se llenara de brutales dictaduras. Nadie ni nada podría oponerse al guión del desarrollo escrito por las corporaciones y dictado a la política exterior de EEUU. Hace poco, conversando con Rafael Roncagliolo, canciller en el gobierno de Ollanta Humala hasta mayo de 2013, confesaba las presiones actuales existentes en Latinoamérica para evitar reorientaciones políticas regionales, provocando que Perú haya abandonado el eje andino para unirse a los más fieles aliados atlánticos de EEUU en la región, Chile y Colombia. Sin embargo, las consecuencias del Acuerdo de Libre Comercio (ALCA) con EEUU están hundiendo la economía local básica de estos países y reforzando más la situación de dependencia. La estrategia desarrollista se reinventa cada día para perpetuarse y la única verdad es que en más de sesenta años de aplicación de políticas de desarrollo la brecha de la desigualdad ha aumentado.

Los textos de Beltrán, como los de su gran amigo Bordenave, están llenos de cuestionamientos críticos al desarrollismo, pero desde su fe en querer cambiar las cosas llegan a hablar de la necesidad de buscar «otro desarrollo» o «redefinir» el desarrollo para alejarlo de la conceptualización economicista. Aquí la utopía comienza a transformarse

en quimera porque el desarrollo no admite cambios. Es un modelo económico vertical, basado en el crecimiento permanente como único fin. Carece de una estrategia para redistribuir beneficios y niega las políticas públicas por ir contra el mercado al ser intervencionistas. El desarrollo dejó de ser una «ciencia» de la evolución de las especies, el crecimiento natural y su adaptación a los ecosistemas para convertirse en una «ciencia» economicista y especulativa, o, como bien dice Rist, convertirse en una nueva creencia exclusivamente occidental, donde nada es posible en la vida sin generar el crecimiento económico que permita poder intervenir en la transformación social. Este principio era nuevo en la historia de la humanidad y en él no existe el derecho a la otredad, todo debe responder a una homogeneización de culturas, lenguas y comportamientos para favorecer las pautas del mercado y su ambición permanente de «más es mejor».

La vigencia del pensamiento de Beltrán nos lleva precisamente a revisar las estrategias de comunicación e información puestas en marcha para democratizar continentes y países, para observar cómo estas voluntades han sido traicionadas por gobiernos y sus alianzas con las corporaciones.

La amistad con Luis Ramiro Beltrán me ha permitido compartir esta perplejidad y la conveniencia sobre si seguir hablando de una comunicación para el desarrollo o simplemente de la comunicación como motor de un conocimiento colectivo generador de la capacidad para la toma de decisiones libres y responsables. Y efectivamente, la comunicación para el desarrollo que predicán Beltrán y sus coetáneos, persigue la democratización y el reconocimiento a una vida en igualdad de derechos. La inconveniencia reside en que el nombre o la marca que se utilicen si tienen una importancia crucial. El término desarrollo por más que se pretenda humanizar o camuflar con pleonasmos no deja de ser la voz que convoca a los mercados a seguir en su estrategia suicida de crecer hasta el infinito y la excusa de gobiernos y corporaciones para mantener la dictadura de la macroeconomía.

En este sentido la comunicación va en la dirección contraria al desarrollo. El desarrollo nace como herramienta de neocolonización después de la Segunda Guerra Mundial de la mano de EEUU y construyó mediante el uso de los medios de información los imaginarios absolutistas con los que hoy nos gobierna la economía.

La comunicación, hoy, debe desvelar la verdad de esos imaginarios como hizo en su día Beltrán cuestionando el desarrollismo y reorien-

tando los objetivos de la comunicación para el desarrollo para favorecer condiciones que permitieran aspirar a las conquistas sociales pero desde un modelo endógeno, no impuesto, decidido democráticamente, adaptado a la realidad cultural y a las verdaderas necesidades del entorno. Las propuestas endógenas no han triunfado, porque se siguió fundamentando en el modelo concebido por las corporaciones y alimentado por las políticas de cooperación neocolonialistas. El desarrollo no está interesado en alterar su agenda porque necesita para subsistir la homogenización, la desregulación y hasta de la entropía para salir victorioso.

Todo ello no invalida ni mucho menos el pensamiento, el «pensar, decir y hacer», de Luis Ramiro Beltrán, todo lo contrario. Nos sirve para reivindicar con más fuerza el empeño en las utopías, en reconocer la importancia del camino andado como, ahora sí, parte de una evolución necesaria. Sus estrategias y lineamientos en políticas públicas son vigentes, sus valientes denuncias y su ilusión en el ser humano, son hoy las mismas y también las de quienes compartimos el ideario del progreso social. Desde el mismo pensamiento y las mismas estrategias es posible mantener la esperanza en una verdadera comunicación como fuerza liberadora y también para denunciar con fuerza la necesidad de poner fin al modelo desarrollista, volver al trabajo con los movimientos populares que demandan otro modelo social y económico, con Vía Campesina, con los indignados y estafados como bien describió Stefan Hessel, con los movimientos indígenas y de los pueblos originarios y con la inmensa mayoría de la humanidad desheredada por el desarrollo que aspiran a un cambio que vaya en la dirección contraria, que para nada tiene que ver con el cambio social que promueve el desarrollismo. En este sentido el mayor acierto de Luis Ramiro Beltrán es su apego freiriano a la Comunicología de la Liberación, sin más calificativos, esa es la única dirección que marca la comunicación. Por ello la democratización de los medios y la coexistencia de medios de comunicación e información se hace cada día más necesaria.

La presente antología tiene como misión contribuir a divulgar el pensamiento y la obra de Luis Ramiro Beltrán, poco conocida en España y Europa por el desequilibrado peso del mundo editorial y los apriorismos científicos que conceden a ese mundo *desarrollado* el dogma del progreso y de la ciencia, pero también, para hacer ver, como hemos dicho, la vigencia de su pensamiento y la necesidad incuestionable de seguir reivindicando y persiguiendo la utopía. Los 14 artículos que aquí se recogen son una selección del propio autor y aunque hablan por sí solos

se han acompañado de una introducción que permite contextualizar la evolución del pensamiento y el momento en el que vieron la luz. Los textos de Alejandro Barranquero constituyen una guía breve perfecta. Nadie como él conoce la obra de Beltrán, base de su tesis doctoral: «Latinoamérica en el paradigma participativo de la comunicación para el cambio» (2008), que tuve el placer de dirigir.

Es necesario recordar que los primeros intentos por acercar las tesis de Beltrán a Europa y especialmente a los investigadores europeos, vino de la mano de la Asociación de Emisoras de Radios y Televisiones Municipales y Ciudadanas de Andalucía (EMA-RTV), que mantiene una actividad continua de reflexión abierta con América Latina. Sus foros y congresos internacionales han permitido reunir activismo e investigación de las dos orillas. Rafael Roncagliolo, Rosa María Alfaro, Amparo Cadavid, Ramón Orozco, Alfonso Gumucio, Giuseppe Richieri, Enrique Bustamante, Mariano Cebrián Herreros, Rosa Franquet, Agustín García Matilla, Peter Lewis, Armand y Michèle Mattelart, Donato Ayma... Una lista interminable. Beltrán vino por primera vez a España embarcado en esta aventura de intercambios y dio pie a que se suscitara un importante interés por divulgar un pensamiento siempre actual. Este viaje generó curiosidad por la relectura de su dispersa obra, nuevas invitaciones a conferencias y publicaciones que volvieron a centrar la importancia de primer orden de la aportación Latinoamericana. Importante también que esta trascendencia haya traspasado las fronteras Iberoamericanas. Hace un año gracias al trabajo de Isabel Guglielmone,⁴ apoyada por Jean-Jacques Cheval, se publicó en francés una excelente antología algo más abreviada que la que nos ocupa. Creemos imprescindible poner en valor la rica experiencia y el nutritivo sustento del trabajo de Beltrán, al mismo tiempo que rendir homenaje a su incansable y valiosa aportación. Este es también un necesario ejercicio de memoria que nos traslada a fuentes imprescindibles para entender el presente, buscar, demandar y poner en marcha soluciones adecuadas a una realidad que sigue torcida por las resistencias a reconocer el fracaso del modelo desarrollista y como consecuencia la admisión del control oligopolístico y espurio de los medios de información y la expulsión y la discriminación de trato sobre los medios de comunicación.

4 Beltrán, Luis Ramiro (2011): *La communication sociale en Amérique Latine. Textes rassemblés et présentés par Isabel Gluigelmonne*, Burdeos, Presses Universitaires de Bordeaux.

Por una vez debemos entender que las llamadas periferias no son lugares a los que acudir para hacer rescate (sobretudo cuando no somos capaces de rescatarnos a nosotros mismos), más bien para escuchar, ver y aprender, algo que pocos hacen. Seguramente entenderíamos mejor el mundo y la historia aceptando y travistiéndonos en la otredad, descolonizándonos de los imaginarios que han marcado esa intrínseca sabiduría de superioridad de la cultura blanca occidental, invisibilizando otros conocimientos, rutas y realidades.

El pensamiento de Beltrán parte del principio de la indignación contra un sistema cultural expresado en la política y la economía que mantiene subyugada y en la ignorancia a la población, como él mismo refiere. No hemos avanzado mucho en cuatro décadas, más bien parece que en contextos como el europeo hemos retrocedido y en los países denominados BRIC los progresos económicos no han contribuido, en la misma medida, a reducir la desigualdad. Las inconveniencias denunciadas son hoy las mismas e incluso más graves porque a la evidente pérdida de pluralidad se han añadido las consecuencias de una globalización más presente que solo vive preocupada por el beneficio económico y la desarticulación del pensamiento crítico. Luis Ramiro Beltrán pertenece a una generación brillante e intrépida que nos deja un gran legado y la obligación de persistir en los ideales y metas a alcanzar.

El pensamiento comunicacional de Luis Ramiro Beltrán

Alejandro Barranquero

I. Un pensador latinoamericano con proyección universal

Hay veces que se abusa de la calificación de clásico, sobre todo cuando se aplica a autores cercanos en el tiempo. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, este calificativo sintetiza con todo rigor el pensamiento de uno de los más destacados representantes de la historia intelectual de la comunicación del siglo xx: Luis Ramiro Beltrán. Si la importancia de un pensador puede medirse por la capacidad que tienen sus ideas para germinar en otros, el boliviano es sin duda uno de los referentes de estas ciencias tanto a nivel latinoamericano como mundial.

A finales de los años 90, la comunicóloga Brenda Dervin, compañera durante sus años de estudio en Michigan, señaló que en la influyente comunidad académica estadounidense existe un punto de inflexión antes y después de los escritos de Beltrán, cifrado en torno a la mitad de los años 70 del pasado siglo. De hecho, el boliviano fue la primera voz latinoamericana –y tal vez mundial– atendida por los vecinos del norte,¹ y las controversias en torno a sus escritos marcaron el giro hacia una comprensión más compleja, participativa y horizontal del proceso comunicativo (Dervin, 1998: 79-80).

Hoy resulta complejo discernir cuánto hay de casualidad histórica en la influencia de Beltrán –dado que sus ideas se difundieron, con toda certeza, en el lugar y el momento apropiados–, y cuánto de habilidad propia para haber conseguido revolucionar, casi en solitario, la hasta entonces sosegada y hermética comunidad científica estadounidense. En este sentido, si el boliviano consiguió impactar en el norte, fue porque, además de conocer estrechamente a algunos de

1 Este juicio fue avalado empíricamente por uno de los escasos estudios realizados hasta la fecha acerca del impacto del pensamiento latinoamericano en el norte. Según Chaffe, Gómez-Palacio y Rogers (1990), Beltrán era el teórico más citado e influyente para más de 50 autores estadounidenses y para siete prestigiosos *journals* especializados en América Latina.

los pensadores más influyentes de la Mass Communication Research –Berlo, Schramm, Rogers...–, tuvo la enorme lucidez de criticar sus fundamentos con disimulo, sin las estridencias o el estilo militante de otros intelectuales de la época, y a partir del proceder riguroso y sistemático que aprendió de sus maestros. Por otro lado, cuando Beltrán llegó a EEUU, no era ni mucho menos un estudiante al uso, sino que acumulaba una extensa experiencia como comunicador para el desarrollo. Esta vivencia, en ocasiones frustrante, fue la que llevó a distinguir antes que sus mentores los principales déficits de las teorías dominantes del momento, útiles para EEUU pero demasiado alejadas de los problemas reales de las regiones más pobres.

Su influencia fue entonces fruto de un contexto histórico en el que germinaban incipientes propuestas transformadoras –Herbert I. Schiller, Dallas W. Smythe–, pero constituye a su vez una contribución sagaz: la de un crítico infiltrado en una comunidad académica en la que se gestaba una ciencia en exceso ligada a intereses económicos, geopolíticos o militares, como posteriormente demostrarían distintos estudios (Samarajiva, 1987; Simpson, 1994, y Tunstall, 1977).

La importancia de Luis Ramiro Beltrán también se debe al hecho de ser uno de los *padres fundadores* de la disciplina en Latinoamérica y tal vez quien mejor simboliza la denominada Escuela Crítica Latinoamericana de la Comunicación (Marques de Melo, 2007). A esto último ayudó la segunda de las grandes habilidades del autor, la de trazar redes de amistad que favorecieron posiciones comunes y pensamiento crítico, en un espacio como Latinoamérica que, hasta su aparición, se caracterizaba por la ausencia de estructuras regionales de investigación y una excesiva dependencia de modelos y metodologías foráneas.

A modo de palíndromo, el pensamiento de Luis Ramiro Beltrán se puede leer tanto del derecho como del revés, sin que exista ninguna dificultad para asimilar su esencia última. Si observamos su producción científica, comprobaremos con facilidad que todas sus contribuciones han girado, directa o indirectamente, en torno al estudio de la prolífica relación entre comunicación y desarrollo, de la que da cuenta cualquiera de sus preocupaciones: dependencia comunicacional e investigativa, comunicación rural y para la salud, medios alternativos, etcétera. Su obra se distingue, además, por haber dado un giro de 180 grados a las primeras teorías de la comunicación para el desarrollo hasta situarlas en un terreno diametralmente opuesto, basado en el respeto a la dignidad humana, la singularidad de los contextos o la importancia de la parti-

cipación y el diálogo para alcanzar la democracia real y la autonomía plena de los seres humanos.

Por otra parte, Beltrán es pionero en todo el mundo de una prolífica línea de investigación acerca de la necesidad de organizar y planificar la comunicación a gran escala y desde premisas democráticas, dentro de la cual destaca por ser el artífice y primer delineante del concepto de «políticas (nacionales) de comunicación», una de las nociones más discutidas durante el periodo de debates más crítico y profundo habido nunca en el campo de la comunicación: el del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC), que culminaría en 1980 con la publicación del Informe MacBride.

Pero el boliviano es mucho más que un científico de la comunicación y por eso se hace difícil encorsetarlo en una sola categoría. A él se lo ha presentado –o podría presentársele– como periodista, como escritor, consultor de medios, investigador social, historiador de la comunicación, bibliómano, lector y sistematizador voraz. Pero al boliviano le gusta definirse simplemente como un «artista de la comunicación», puesto que, aunque su reconocimiento internacional proviene de sus aportaciones académicas, su trayectoria no es ni mucho menos la de un teórico al uso, sino más bien la de un curioso observador de los fenómenos de su tiempo, un activista comprometido con los movimientos sociales de Latinoamérica, o un fino cronista que, en sus ratos libres, se sienta a escribir y a reflexionar agudamente sobre su entorno.

Las siguientes líneas tienen por objeto introducir al lector en una obra extensa y prolífica, que logró penetrar en los estándares del canon académico dominante para subvertirlo, un legado que, en suma, tuvo «la virtud de comprender, y hacernos comprender, que la comunicación más allá de un acto de circulación de mensajes es un proceso liberador» (Aguirre, 1998: 100).

2. Las aristas biográficas de un pensador poliédrico

Luis Ramiro Beltrán nace en Oruro (Bolivia) en 1930, hijo de una familia modesta de clase media.² Inicia su andadura en el mundo de la

2 Perfil elaborado a partir de los trabajos biográficos de Azambuja (1999), Díaz Bordeave (1998), Marques de Melo y Brittes (1998a) y Chisaka et al. (2001); una síntesis curricular del propio autor (Beltrán, 2006); y entrevistas personales concedidas a Anzola (1982), Braun (1989),

información siendo muy joven, a los 12 años, influido por la profesión de sus padres, los periodistas Luis Humberto Beltrán y Betshabé Salmón. Sus estudios medios concluyen en La Paz (1949), aunque parte de su formación se desarrolla en el Colegio Alemán de Oruro, lo que determina, en palabras del autor, la perspectiva sistemática, lógica y estructurada de su quehacer científico.

Desde sus inicios, su vocación fue más práctica que teórica, muy ligada al acontecer cotidiano de las calles, la bohemia boliviana y una incesante y prolífica curiosidad. Así, durante los primeros años de formación y carrera profesional tuvo ocasión de experimentar en ámbitos tan diversos como la publicidad, la radio, el periodismo escrito o el cine.

En 1952, Beltrán se introduce accidentalmente en el campo de la comunicación para el desarrollo al aceptar un trabajo como especialista en extensión rural para el Servicio Agrícola Interamericano. Es entonces cuando visita por primera vez EEUU, seleccionado para una beca de estudios de un semestre (1954) que lo lleva a conocer diversos centros de excelencia –en las universidades de Colorado, Massachusetts o Nueva York– dedicados al desarrollo agrícola.

Finalizado ese periodo, en el agitado contexto boliviano posterior a la Revolución Nacionalista de 1952, Beltrán se acerca al cine, una de sus tres pasiones, junto al periodismo y la comunicación para el desarrollo. Es entonces cuando se convierte en el primer guionista profesional del cine boliviano con *Vuelve Sebastiana* (1953), dirigida por su amigo Jorge Ruiz, documental pionero del cine indígena y precedente del *nuevo cine latinoamericano* –Rocha, Pino Solanas, Gleyzer, Gutiérrez Alea...

En 1955, regresa al ámbito de la comunicación para el cambio social al aceptar un trabajo como especialista en desarrollo rural en el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA),³ uno de los primeros organismos especializados en esta materia en Latinoamérica. Allí inicia una fructífera labor como capacitador y asesor en información rural, que lo lleva a viajar por todo el continente y a producir un material didáctico pionero muy difundido en la región.

Gumucio-Dagron (2004, 2009), La Iniciativa de la Comunicación (2006), Franco Chávez y López Rojas (2011), y al propio autor de esta introducción (Barranquero, 2009). Entre los más completos listados bibliográficos de su obra se pueden destacar Chisaka et al. (2001), Isaza y Olaya (1990) o Marques de Melo y Brittes (1998b).

3 Hoy Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, dependiente de la Organización de Estados Americanos (OEA).

En 1964, consigue una de las escasas becas que el IICA destinaba a la formación de sus técnicos en el extranjero. Pese a que es admitido en varios centros, opta por la Universidad de Michigan y se traslada a East Lansing para iniciar estudios de posgrado. Es entonces cuando nace el *científico de la comunicación* y entra en contacto con un conjunto de profesores que lo van a marcar profundamente, en especial Everett M. Rogers y David K. Berlo. El primero dirige su tesis de maestría y el segundo, la de doctorado. Junto a ellos, asiste también a cursos dictados por los prestigiosos comunicólogos estadounidenses del momento –Wilbur Schramm, Daniel Lerner, John McNelly– y comparte sus estudios con compañeros como Joseph Aschcroft o Brenda Dervin que con el paso de los años se destacarían por revitalizar el pensamiento crítico en EEUU.

A su regreso a Latinoamérica (1970), Beltrán asume la dirección en Bogotá del Centro Interamericano de Desarrollo Rural y Reforma Agraria (CIRA), dependiente del IICA, retomando las tareas de capacitación y extensión rural,⁴ y tres años más tarde se incorpora al Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID), un organismo adscrito al gobierno de Canadá, donde asume el cargo de representante de la División de Ciencias de la Información para América Latina y culmina convertido en su subdirector general (1984). Desde la década de los 70, el boliviano inicia, asimismo, una meteórica carrera en los más reconocidos organismos internacionales de desarrollo, acometiendo labores de consultoría y capacitación en comunicación –AID, BID, BM, Unesco, FAO, Unicef–,⁵ además de ser invitado para dictar cursos en algunas de las más prestigiosas universidades estadounidenses.

Los años 70 son también los años del debate crítico internacional de las políticas de la comunicación, promovido por la Unesco y el Movimiento de Países No Alineados. Beltrán participa en el mismo con un papel muy destacado y entabla amistad con los más prominentes comunicólogos del momento. A su vez colabora en la fundación de las principales instituciones latinoamericanas de investigación en comunicación

4 Trabajando para el IICA conoce a Nohora Helda Olaya, quien se convierte tiempo más tarde en su esposa, además de inseparable colaboradora en lo profesional.

5 Por sus siglas: Agencia para el Desarrollo Internacional, Banco Interamericano del Desarrollo, Banco Mundial, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, Oficina Regional Latinoamericana de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

–Ciespal, Felafacs, ALAIC⁶ y se convierte en un miembro de referencia en las organizaciones mundiales: AIIC, ICC, IAMCR-AIERI, etcétera.⁷

Desde 1984 hasta 1991, asume el cargo de consejero regional de la Unesco en Comunicación para América Latina y se traslada a Quito, desde donde desempeña labores de apoyo a universidades, asociaciones y centros de investigación y enseñanza por toda Latinoamérica. La carrera de Luis Ramiro Beltrán no se detiene tras la jubilación, pues, una vez de regreso a su país (1991), acepta diversos cargos a los que le postula el gobierno boliviano,⁸ como la presidencia de la Corte Electoral de Bolivia (2000-2002). Tras realizar consultorías de corta duración para otros organismos internacionales, desde 1992 asume también desde La Paz las funciones de consejero regional para Latinoamérica del Centro para Programas de Comunicación de la Universidad John Hopkins, afanándose en el planeamiento y la puesta en marcha de programas de comunicación para la salud en todo el país hasta 2004.⁹

Entre los numerosos galardones con los que ha sido condecorado se pueden destacar los doctorados *honoris causa* de la Universidad Católica Boliviana (La Paz), la Universidad Técnica de Oruro y la Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra o el Premio Nacional de Periodismo de Bolivia. Es, además, el primer ganador del hoy extinto Premio Mundial de Comunicación McLuhan Teleglobe-Canadá (1983), instituido por la Comisión Canadiense para la Unesco, que dos años más tarde se concedería a Umberto Eco. A sus más de ochenta años, Beltrán continúa incansable en la primera línea de la investigación comunicacional, un hecho del que da buena cuenta su dirección del volumen colectivo *La*

6 Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social y Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, respectivamente.

7 Fue vicepresidente de la Asociación Internacional de Investigación en Comunicación, gobernador del Instituto Internacional de Comunicaciones y socio ordinario de la Asociación Internacional de Comunicación.

8 Asimismo, es invitado por los Ministerios de Planeamiento y de Educación del gobierno de Bolivia para fundar y dirigir, con apoyo del Banco Mundial, el Proyecto de Reforma Educativa (ETARE), cargo que desempeña durante casi un año, y con el que compone un amplio y bien cualificado equipo de expertos en educación. En los últimos años también se acerca a la actividad política, como miembro de la Comisión Presidencial que plantea las bases para un programa y una legislación sobre participación popular en Bolivia (1995); y como presidente de la Corte Nacional Electoral de Bolivia (2000-2002) (Guardia, 2001).

9 Entre 2003 y 2005, también se desempeña como Defensor del Lector del Grupo Líder en Bolivia y desde 2005 como asesor de la Asociación Nacional de la Prensa de Bolivia y del Consejo Nacional de Ética Periodística.

comunicación antes de Colón: Tipos y formas en Mesoamérica y Los Andes (2009), una crónica de la comunicación prehispánica inspirada en las aproximadamente 1350 piezas y documentos de esta época acumulados durante más de una década por el autor.

3. Rasgos y evolución de una obra en curso

La obra de Luis Ramiro Beltrán ha sido publicada fundamentalmente en español e inglés en más de una veintena de países. Pese a ser muy prolífica, no llega a superar la decena de libros, ya que se concentra en unos 200 documentos, entre artículos, discursos, conferencias o entrevistas. Aunque se observan ciertas regularidades temáticas en función de las épocas,¹⁰ resulta complejo trazar itinerarios de lectura entre sus distintas áreas de investigación, si bien la mayoría de sus trabajos ha estado dirigida a explorar la prolífica encrucijada entre comunicación y desarrollo: políticas de comunicación, crítica al imperialismo cultural, historia de los medios alternativos, metodología participativa, etcétera.¹¹ En los últimos años el análisis de su producción científica ha registrado importantes avances (Beltrán, 2000; Marques de Melo y Brittes, 1998) y ha habido intentos de establecer una periodización rigurosa (Aguirre, 1998; Cajías, 2000). Para los propósitos de este análisis, podemos distinguir dos grandes fases en su pensamiento comunicacional:

1. La etapa extensionista y modernizadora (1954-1970). Este periodo se inicia con sus primeros escritos sobre extensión rural para el IICA de carácter técnico y divulgativo (1954-1965). Aunque en algunos trabajos se perciben huellas de su visión participativa posterior, en ellos predomina una mirada *extensionista* y la comunicación es proyectada como mera *ingeniería del comportamiento* o instrumento para la adopción de reformas agrícolas desde el cambio de comportamiento individual (Bel-

10 Por ejemplo, un mayor tratamiento de la dependencia cultural o las políticas de comunicación durante los años 70, la comunicación para la salud y la historia de la comunicación/desarrollo durante los años 90.

11 Resulta asimismo difícil determinar cuáles son los textos más significativos para emprender una síntesis sustantiva del pensamiento del autor. Para abordar esta introducción, hemos optado por analizar más de una treintena de artículos –incluyendo los recogidos en la antología–, dos libros (Beltrán y Fox, 1980; Beltrán, 2005c) y las tesis de maestría y de doctorado (Beltrán, 1968a, 1970a), de acuerdo a criterios de difusión, reconocimiento internacional y aporte al ámbito comunicacional.

trán, 1960, 1964). A su llegada a EEUU para iniciar estudios de posgrado, Beltrán se fascina por los primeros planteamientos del difusionismo dentro del paradigma *modernizador*. En su tesis de maestría (Beltrán, 1968a), e incluso en algún escrito anterior (Beltrán, 1967), se observan atisbos de su crítica a estos planteamientos, aunque sin la profundidad que llegarían a alcanzar en momentos posteriores.

2. *La etapa crítica y participativa (1970)*. La ruptura con el paradigma modernizador se produce paradójicamente en la propia Universidad de Michigan durante el proceso de elaboración de su tesis de doctorado (1969-1970), el escrito más relevante para comprender la gestación de una nueva propuesta en el ámbito.¹² Al comenzar la década de los 70, el boliviano se convierte en una de las principales referencias mundiales en la censura al *desarrollismo* y en la propuesta de un nuevo modelo participativo. Es también entonces cuando escribe sus trabajos más relevantes y se implica en el ámbito de las políticas de comunicación y la crítica a la dependencia epistemológica y cultural de Latinoamérica.

Por otra parte, como señala el propio autor, hay poco de investigación empírica en sus escritos, ya que nunca estuvo implicado directamente en el terreno académico. La piedra angular de sus trabajos es más bien la macro-prospección o sistematización de experiencias e investigaciones: «Soy un sumariante crítico y articulador. Hago algo con los datos que junto, algo que también es pensamiento propio, como trazar rumbos, mostrar tendencias, inventariar hipótesis, señalar avances, marcar limitaciones y hacer proposiciones, pero también interrogaciones» (Beltrán a Barranquero, 2009). Es por ello que el pensamiento beltraniano tiene un carácter en esencia descriptivo, analítico y divulgativo y, para paliar el déficit empírico, se caracteriza por una prolija presentación de conceptos, autores o referencias, conformando, en último término, un *work in progress* recapitulador y polifónico.

A diferencia del modo de proceder de otras tradiciones críticas –Escuela de Frankfurt, estudios culturales–, las tesis del boliviano no solo censuran, sino que incorporan alternativas y soluciones con una fuerte voluntad normativa, de acuerdo a lo que Scott Lash (2005: 28) define como una de sus tareas prioritarias: «En la era de la información, una teoría crítica debe ser afirmativa y no solo negativa». Beltrán no perma-

12 Un año antes, en 1969, presenta en una conferencia en Nueva Delhi un boceto anticipatorio de su tesis, donde se percibe una enérgica crítica a las primeras teorías de la comunicación estadounidenses, a las que califica de materialistas, conservadoras y antidemocráticas (Beltrán, 1969).

nece, pues, atrapado en la hermenéutica de la sospecha o la inacción, sino que su pensamiento se distingue por su carácter activo, teniendo en cuenta, a la manera fenomenológica, que el conocimiento «ya no reflexiona sobre el hacer; antes bien, el hacer es al mismo tiempo conocer» (Scott Lash, 2005: 45). A partir de un compromiso ético contra las desigualdades, su obra se ha caracterizado por plantear escenarios posibles para desplegar un orden más justo. Sin embargo, Beltrán no puede ser acusado de despegar los pies de la tierra, puesto que sus trabajos se asientan en bases epistemológicas firmes y experiencias contrastadas que fortalecen su robusto armazón científico.

Para adentrarse en el extenso legado beltraniano conviene sintetizar el amplio espectro de influencias teóricas que recibe a lo largo de su trayectoria académica, una tarea compleja si tenemos en cuenta que nunca se sintió parte integrante de corriente científica alguna. En este sentido se pueden destacar:

1. *Praxis*. La principal influencia de Beltrán es la praxis misma, entendida bien como práctica profesional que determina una especial manera de abordar lo científico; bien como observación crítica de la experiencia de los movimientos sociales, las agencias de desarrollo o las instituciones científicas; bien como herramienta científica en sentido marxista y freireano, es decir, como teoría que emana de y revierte en la práctica misma para introducir transformaciones sustantivas: «Me considero un operador práctico, que, después de recibir formación científica, se convirtió en un investigador ocasional y transeúnte» (Beltrán a Barranquero, 2009).

2. *Mass Communication Research y sociología modernizadora*. Dentro de la teoría comunicacional estadounidense de la primera mitad del siglo xx, le influyen especialmente sus mentores Everett M. Rogers y David K. Berlo, de quienes adopta enseñanzas teóricas y proceder científico. En Michigan incorpora asimismo planteamientos de la sociología y la comunicación modernizadora –Pye, De Sola Pool–, así como de las incipientes teorías de la estratificación y el cambio social de corte funcionalista o estructural-funcionalista –Parsons, Davis, Moore. A lo largo de los años 70, el autor se va alejando de estos planteamientos al tiempo que se aproxima a la sociología y la comunicología crítica de sus vecinos del norte: Wright Mills, Harms, Richstad, Johannesen, Smythe, Schiller, Cloutier...

3. *Teorías de la dependencia y del imperialismo cultural*. Durante los últimos años de su estadía en EEUU, Beltrán entra en contacto con la teoría de la dependencia, en la que profundiza a partir de su vuelta a

Latinoamérica (1970): Gunder Frank, Henrique Cardoso, Faletto, Dos Santos... Esta perspectiva lo ayuda a distanciarse de su concepción *modernizadora* del desarrollo y a consolidar una mirada *estructural* de la dependencia comunicacional del hemisferio. Al mismo tiempo, se acerca a los primeros teóricos del *imperialismo cultural* –Mattelart, Hamelink, Schiller– e incluso a la teoría crítica –a través de Pasquali–, aunque la herencia marxista es, en cualquier caso, menor que en otros autores latinoamericanos de la época.

4. *Teorías latinoamericanas y otras influencias.* Al volver a Latinoamérica, el autor accede a las teorías críticas de un conjunto de investigadores latinoamericanos que, pese a su heterogeneidad, apuestan por una visión emancipatoria del proceso comunicacional: Antonio Pasquali, Juan Díaz Bordenave o Paulo Freire. La lista en este sentido es extensa –Bosco Pinto, Capriles, Esteinou, Kaplún, Marques de Melo, Martín-Barbero–, máxime si añadimos los análisis técnicos y críticos con el difusionismo –Cuéllar, Gutiérrez, Fonseca–, que le ayudan a certificar las disfuncionalidades del modelo modernizador estadounidense.

Finalmente, conviene atender a dos de los conceptos fundamentales que cimentan la mayor parte de sus trabajos: las nociones de ideología y de estructura. En relación con la primera, aunque el autor no lo defina más que en algunos escritos (Beltrán, 1968a),¹³ su proyecto más ambicioso ha sido el de desvelar los condicionantes ideológicos ocultos que subyacen en la formación del conocimiento científico, el discurso de los medios o los proyectos de desarrollo. En este sentido, su aproximación al concepto se asemeja a la marxista, puesto que lo entiende bien como distorsión de la realidad, bien como sistema de ideas que legitiman la dominación o que deforman la ciencia al servicio de determinados intereses. Su preocupación por establecer este diagnóstico ideológico alcanza puntos culminantes como sus exhaustivos informes sobre el estado de la investigación comunicacional en Latinoamérica (Beltrán, 1974b, 1976a), recogidos en este volumen, o sus conocidos artículos «Formas de dependencia cultural. Ideologías de investigación en conflicto»

13 Aunque Beltrán careció de la formación lingüística, estructuralista o marxista de autores como Eliseo Verón o Armand Mattelart y no se puede enmarcar dentro de ninguna de estas corrientes, la noción de ideología es central en su planteamiento epistémico, en tanto que «conjunto de creencias –más que todo políticas y económicas– que trasuntan una interpretación valorativa de la existencia humana y de la realidad social, tanto en términos de la experiencia histórica y de la actividad social actual como en términos de las proyecciones de ellas sobre la ulterior conducción de la vida en sociedad» (Beltrán, 1968a: 72-73).

(1975) y «Adiós a Aristóteles. Comunicación “horizontal”» (1980), que completan un ciclo de textos dedicados a este aspecto.

La segunda de las ideas-fuerza sobre las que pivota la obra de Beltrán es la noción de estructura, en torno a la que se edifican sus investigaciones acerca de la dependencia de Latinoamérica, su propuesta de políticas o su crítica a la *ceguera estructural* de los primeros planteamientos de la comunicación para el desarrollo. Beltrán se califica como estructuralista, dado que valora los fenómenos en relación con un sistema social más amplio en el que intervienen factores muy diversos –políticos, económicos, culturales–, y en el que los elementos son interdependientes entre sí.¹⁴ Su aproximación combina tanto el estructural funcionalismo imperante en Michigan como las teorías de la dependencia latinoamericanas, que valoran la realidad en torno a relaciones de dominación de unas clases y regionales centrales sobre otras periféricas. De este modo, sería un buen ejemplo de lo que Mowlana y Wilson (1990: 58) consideran una «aproximación estructural a la comunicación y el desarrollo», caracterizada por una perspectiva compleja, multicausal y, en cierto sentido, infraestructural al sistema comunicacional, en la línea de los primeros teóricos latinoamericanos, que encontraron en este concepto un modo de desafiar el funcionalismo estadounidense (Atwood, 1986; Martín-Barbero, 1978).

5. Principales hallazgos teóricos

La obra de Luis Ramiro Beltrán constituye, así pues, un complejo entramado teórico acerca de la relación entre comunicación y cambio social. Es por ello que, pese a que el esfuerzo sistematizador nos lleve a separarlas, sus principales aportaciones están íntimamente relacionadas.

5.1. Dependencia comunicacional e imperialismo comunicativo

El boliviano es uno de los teóricos mundiales precursores y más influyentes en la conformación de las tesis del imperialismo cultural y de la

¹⁴ Esta noción es, por otro lado, muy importante a la hora de explicar la dominación cultural de Latinoamérica como un «defecto de estructura», o cuando insiste en que el cambio social pasa por una «revolución estructural» más que por una reforma, ya sea a nivel macro (políticas de comunicación) o micro (comunicación alternativa).

dependencia comunicativa del Tercer Mundo, una contribución que lo sitúa al lado de los más eminentes investigadores de la materia –Smythe, Schiller, Hamelink, Mattelart– y que refuerza, cuando no anticipa, la prolífica perspectiva contemporánea de la economía política de la comunicación (Bolaño, Mastrini y Sierra, 2004).

Ya desde sus primeros escritos de Michigan (Beltrán, 1967, 1968a, 1969) y, sobre todo, a partir de su tesis doctoral (Beltrán, 1970a), Beltrán va dando cuerpo a lo que se puede considerar el primer análisis crítico mundial del sistema comunicativo latinoamericano, plasmado en el famoso artículo incluido en esta antología «Apuntes para un diagnóstico de la incomunicación social en América Latina» (Beltrán, 1970b).¹⁵

Según su diagnóstico, la estructura comunicativa de América Latina –y, por extensión, de los países del Tercer Mundo– atiende a un doble régimen de dominación interna y externa, por lo que se puede afirmar que se trata de un *continente incomunicado*. A nivel interno, los medios siguen «de cerca el patrón de marcada estratificación social, económica y cultural característica de la sociedad de América Latina» (Beltrán, 1974b: 32-33) y trabajan a favor de un *statu quo* determinado por los intereses de unas pequeñas y poderosas élites urbanas que controlan los recursos económicos, políticos y culturales de una población mayoritariamente agraria. Dentro de este modelo, la propiedad de los medios es casi en su totalidad privada, mercantil y monopolística, por lo que impide el «acceso a la comunicación que los deprimidos de las ciudades y los oprimidos del campo necesitan para poder ser coprotagonistas del afán nacional de desarrollo» (Beltrán, 1970b: 4).

Por otro lado, el régimen de dependencia de los países más deprimidos es también externo y se constituye de acuerdo a los intereses de regiones más poderosas. Beltrán perfila con esto el esquema de la dominación externa, enmarcándolo en torno al concepto de imperialismo y a los tres tipos de dominación histórica que prevalecen desde los tiempos de la Colonia, económico, político y cultural, dentro de los cuales este último es el más frecuente e influyente, puesto que está destinado a reforzar la hegemonía de los dos primeros (Beltrán y Fox, 1980: 31): «El imperialismo cultural un proceso verificable de influencia social por el

15 El interés por la problemática se va a mantener a lo largo de su carrera, aunque es especialmente significativo durante los años 70 (Beltrán, 1976b, 1978a), culminando en hitos como el difundido volumen de artículos «Comunicación dominada. EEUU en América Latina», junto a su colaboradora Elizabeth Fox de Cardona (Beltrán y Fox, 1980), cuando trabajan ambos al servicio del CIID (1973-1984).

cual una nación impone a otros países su conjunto de creencias, valores, conocimiento y normas de comportamiento, así como su estilo general de vida» (Beltrán, 1978a: 184).

Pese a las críticas de las que han sido objeto estas tesis (Wallerstein, 1979; Straubhaar, 1993), el autor sigue adscribiéndose a ellas, puesto que, lejos de disiparse, el imperialismo parece haberse multiplicado en los últimos años del pasado siglo con la consolidación del sistema neoliberal global. Por otra parte, al adoptar nuevos contornos, transnacionales y difusos, Beltrán advierte de que es necesario armar proyectos de investigación internacionales y comparados que permitan dar cuenta de una estructura injusta que sigue impidiendo la proyección de las culturas minoritarias y el desarrollo (Beltrán, 1994a).

5.2. La crítica a la comunicación modernizadora

El boliviano es uno de los primeros teóricos latinoamericanos formados específicamente en comunicación –Antonio Pasquali o Eliseo Verón no lo fueron– y, junto con su amigo Juan Díaz Bordenave, el primero en adquirir formación de posgrado en una comunidad académica como la estadounidense en la que las ciencias de la comunicación aún se estaban conformando. Este hecho le va a permitir conocer a fondo las principales virtudes y deficiencias de su incipiente investigación, así como poner en marcha la que se puede considerar hasta la fecha una de las denuncias mundiales pioneras más profundas y exhaustivas de la orientación conservadora de los primeros modelos modernizadores de la comunicación para el desarrollo (Beltrán, 1968a, 1970a, 1974b, 1976a).¹⁶

En esta línea, y antes de que otros pensadores latinoamericanos se caracterizaran por su enérgica censura a la matriz funcionalista de la Mass Communication Research, Beltrán revela que las primeras teorías estadounidenses adolecen de una serie de sesgos –tanto en su concepción comunicativa como en su visión del desarrollo– que limitan, cuando no impiden, la funcionalidad y la incidencia de los programas de cooperación. En relación con la primera dimensión, Beltrán deconstruye

16 No se ha accedido a ningún escrito mundial que durante los años 60 profundice en la determinación ideológica de los primeros programas de comunicación y desarrollo, por lo que nos arriesgamos a afirmar que el boliviano es el precursor mundial de esta cuestión, principalmente por dos textos: Beltrán, 1967, y, sobre todo, Beltrán, 1968a. A esta tesis apuntan también los análisis de Aguirre (1998: 101) o Dervin (1998: 79).

el modelo comunicacional dominante al criticar su carácter vertical y antidemocrático, su *feedback* ficticio, orientado al ajuste del mensaje a favor del emisor, y su promoción de la persuasión como principal función de lo comunicativo. En segundo lugar, revela la visión implícita del desarrollo que se esconde tras los primeros proyectos y denuncia su desconocimiento de la estructura social y los contextos históricos, su orientación al cambio individual de actitudes, su determinismo tecnológico y su atención desmedida a lo económico, lo urbano o a la promoción del capitalismo como único sistema viable, todo lo cual contribuye al mantenimiento del *statu quo*.

Por este agudo análisis, el boliviano se convierte, junto a Díaz Bordenave, en uno de los latinoamericanos invitados a participar en el volumen de Everett M. Rogers (1976) que sentencia la superación del paradigma modernizador en favor de una visión más participativa y que supone el punto de inflexión para un abordaje más complejo de la comunicación para el cambio.

5.3. Investigación en comunicación en EEUU y Latinoamérica

Beltrán es uno de los primeros comunicólogos en pensar a América Latina como unidad con ciertas peculiaridades históricas e identitarias, razón por la cual se considera uno de los fundadores –junto a Pasquali, Verón, Díaz Bordenave o Marques de Melo– de la Escuela Crítica Latinoamericana de la Comunicación (Marques de Melo, 2007). Esta preocupación es la que le lleva a elaborar «el primer y más exhaustivo inventario general y crítico de la investigación en comunicación en América Latina» (Kröhling Peruzzo, 1998), denunciando su dependencia científica y postulando una investigación autónoma e *ideológicamente* comprometida con el cambio social. La puerta de entrada a esta temática, además de a uno de los cuestionamientos mundiales más enérgicos y profundos habidos nunca a los modelos dominantes estadounidenses, son dos de sus artículos más relevantes, también incluidos en esta antología: «La investigación sobre comunicación en Latinoamérica: ¿indagación con anteojeras?» (1974b) y «Premisas, objetos y métodos foráneos en investigación en comunicación en Latinoamérica» (1976a).

De acuerdo con Beltrán, la ideología impregna inevitablemente cualquier actividad científica, por lo que es necesario asumirla sin prejuicios, aunque con coherencia y profesionalidad. Alrededor de esta hipótesis

nace una de sus más vitales aportaciones a la teoría de la comunicación: su denuncia de la ideología positivista sobre la que se conforma la ciencia estadounidense, que, al simular desapego objetivo de la realidad, ha conducido erróneamente a ocultar sus condicionantes ideológicos e históricos y a constituir la «mitología de una ciencia libre de juicios de valor» (Beltrán, 1974b: 59).

No es posible interpretar esta ideología sin tomar en cuenta el contexto científico e histórico en el que nacen estas modernas ciencias. En primer lugar, la comunicación es parásita de dos disciplinas, la sociología y la psicología, cuyas perspectivas dominantes en la época, el funcionalismo y el conductismo, determinaron su excesiva tendencia al *ajuste social* y la prevención de los conflictos (funcionalismo), así como su orientación al cambio de actitudes individuales o a responsabilizar al sujeto aislado del origen de los problemas sociales (conductismo).

En segundo lugar, la disciplina nació y evolucionó ligada al contexto bélico estadounidense de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. La primera dirigió la comunicación al manejo psicológico del individuo y a la persuasión política y militar a favor del consenso. Por su parte, la Guerra Fría, a valores expansionistas y coloniales, además del ideario propio del sistema capitalista estadounidense liberal, próspero, pacífico y puritano, con énfasis en el individualismo, la competitividad, el materialismo o la eficiencia tecnológica (Beltrán, 1976a: 97).

Consecuencia de un mundo dividido en dos extensas áreas de dominio colonial, la teoría latinoamericana –y, por extensión, del resto de las regiones del Tercer Mundo– nació limitada y «con anteojeras» (Beltrán, 1976), es decir, dependiente de modelos importados de otros países y carente de recursos autónomos para construir conocimientos adaptados a sus necesidades. Sin embargo, Beltrán tenía indicios para pensar que en el continente se estaba gestando una ciencia nueva, que parecía desprenderse de su subordinación externa y ponerse al servicio de la transformación estructural. En un contexto muy diferente al estadounidense, marcado por las luchas antidependencia de la época, se armaban, pues, las bases de una comunicología de la liberación (Beltrán, 1976a: 116),¹⁷

17 El concepto de comunicología de la liberación connota dos significados diferentes. En primer lugar, traslada la idea de la teología de la liberación al ámbito comunicacional, como señala Tufte (1996), y, en segundo, orienta a la comunicología a comprometerse con la emancipación de Latinoamérica.

preocupada por los problemas locales pero en buena parte comunes y con una fuerte implicación ética, política y emancipadora.¹⁸

El papel del boliviano en la construcción de un pensamiento autónomo no solo es capital desde el punto de vista epistemológico. Su carrera destaca asimismo por haber alentado o colaborado en la fundación de sus principales organizaciones académicas –ALAIIC, Felafacs, Ciespal–, o por su colosal esfuerzo para construir «comunidad comunicativa» (Alfaro a Vega y Obregón, 2003). Es decir, Beltrán sería uno de los primeros *networkers* o creador de redes de Latinoamérica (Fox a Barranquero, 2009), gracias a su especial habilidad para la «amigocracia» (White, 1989) y su empeño por construir vínculos de amistad y compromiso entre los científicos sociales de la región.

5.4. Planificación y políticas de comunicación

Uno de los principales motivos por los que Beltrán ha alcanzado una relevancia incuestionable es por ser el padre intelectual y el primer delineante del concepto de políticas (nacionales) de comunicación (PNC), un reconocimiento evidente en Latinoamérica, pero no tan patente en otras partes del mundo:¹⁹ «Partimos de una constatación básica: no es posible pensar las políticas de comunicación, ni tampoco repensarlas, al margen de la influencia del pensamiento y la acción de Luis Ramiro Beltrán. Y es que, cuando en uno de nuestros países se habla de planificación de la comunicación para el desarrollo, la presencia de este comunicólogo y maestro boliviano es como un *molesto fantasma* que

18 Con el tiempo, la ciencia del continente corroboró las tesis del autor, al conformar «premisas y métodos» de investigación adaptados a las singularidades del hemisferio, alentando de esta manera una nueva teoría social y pedagógica (por ejemplo, investigación-acción, pedagogía de la liberación), económica y política (por ejemplo, teorías de la dependencia), teológica (por ejemplo, teología de la liberación) o ética (por ejemplo, filosofía de la liberación). De hecho, para Torrico (2010), el llamado beltraniano a una Comunicología de la Liberación debería de considerarse otra de las matrices del denominado «programa de investigación de modernidad/colonialidad», que, desde los años 90, autores como Escobar, Mignolo o Quijano proponen con objeto de seguir deconstruyendo las raíces eurocéntricas del pensamiento de la región y armar un nuevo horizonte epistemológico autónomo y liberador para la misma.

19 «No sé hasta qué punto ha sido reconocida esta labor en la bibliografía sobre la materia. A veces se habla de la propuesta como si hubiera sido una obra colectiva producto de todo un equipo. Pero lo cierto es que fue una tarea solitaria para enfrentar el reto intelectual que me había planteado la Unesco. La hice en París en un cuarto oscuro, trabajando y fumando día y noche» (Beltrán a Barranquero, 2009).

está siempre ahí para recordarnos que [...] la utopía de democratizar la comunicación sigue vigente» (Exeni, 1998: 41).

Su preocupación por la planificación comunicativa data ya de su trabajo como extensionista rural en el IICA (1955-1965), donde desarrolla algunos trabajos técnicos en los que aborda directa o indirectamente la cuestión (Beltrán, 1964; Frías, Ramsay y Beltrán, 1965). Al llegar a Michigan, el interés se acentúa al entrar en contacto con las reflexiones, aún muy básicas, de los primeros teóricos de la modernización –Schramm, De Sola Pool, Frey, Lerner–,²⁰ toma cuerpo en su tesis de maestría (Beltrán, 1968a) y se profundiza en la de doctorado (Beltrán, 1970a). Sin embargo, su texto más influyente y citado en este sentido es el documento de trabajo en el que sienta las bases de la Reunión de Expertos sobre la Planificación y las Políticas de Comunicación en América Latina de Bogotá, encargado por la Unesco (Beltrán, 1974c). En este texto, recogido en la antología, es donde bosqueja de manera definitiva el concepto y las líneas maestras de sus «políticas», a las que dará continuidad en posteriores artículos (Beltrán, 1976c, 1994b, 2000, 2005).²¹

20 Según Servaes (1999: 150), una de las primeras discusiones sobre el concepto de políticas de comunicación, en su forma embrionaria y modernizadora, tiene lugar en la reunión de expertos Information Media and Society, celebrada en Montreal, en junio de 1969, y auspiciada por la Comisión de Unesco en Canadá. Sin embargo, Beltrán recuerda que la necesidad de plantear políticas había sido sugerida ya por Schramm y Lerner algunos años antes (Beltrán a Barranquero, 2009).

21 El autor relata de esta manera cómo se gesta su concepto: «En 1970, la Conferencia General de la Unesco autorizó a su director general a “ayudar a los estados miembros a formular sus políticas relativas a los grandes medios de información, teniendo en cuenta la experiencia adquirida en el establecimiento de políticas culturales”. En 1971, dicho organismo formó con investigadores de varias partes del mundo un comité asesor [...], cuyo miembro latinoamericano fue quien es ahora autor de la presente reseña. Él contribuyó a que se incluyera en el debate la cuestión de las políticas de comunicación, a las que definió brevemente entonces como “series de normas establecidas para orientar la acción de los órganos de comunicación”, noción inicial mínima que fue acogida por el indicado comité (Unesco, 1971). En 1972, la Unesco convocó en París la Primera Reunión de Expertos sobre Políticas y Planificación de la Comunicación. Encomendó a 21 de ellos, provenientes de 20 países –entre los que estuvo el ya indicado comunicólogo latinoamericano–, a continuar el debate iniciado en 1971. Si bien tuvo que hacerlo a un nivel general y algo esquemático, la reunión logró cierto avance en la definición de las políticas (Unesco, 1972) [...]. En diciembre de 1973, la Unesco comprometió, por consultoría en su sede de París, los servicios de este especialista regional radicado en Colombia para que cumpliera dos tareas: delinear los principios de organización de una Reunión de Expertos sobre Políticas de Comunicación en América Latina en 1974 en Bogotá y producir bases de reflexión para la misma» (Beltrán, 1997b). El documento de París sentó las bases de la Reunión de Expertos en Políticas de Comunicación de la Unesco en Bogotá (1974), pero suscitó la cólera de EEUU y de algunos organismos internacionales como la Sociedad Interamericana de la Prensa (SIP) y la Asociación Internacional de la Radiodifusión (AIR), que acusaron de «fascistas» y «comunistas» a los expertos y consideraron las políticas como una

El punto de partida para su reflexión sobre las PNC está relacionado con la idea de que la comunicación por sí misma, de forma improvisada y espontánea, o aislada de otros variables, si bien puede generar avances parciales y contingentes, no contribuye al desarrollo, puesto que es más bien un agente coadyuvante –relevante, pero no el principal– del cambio social. En cambio, el prerrequisito central para el desarrollo es el uso de la acción racional y de la planificación estratégica de acuerdo a unos objetivos previamente fijados (Beltrán, 1968a: i).

El autor critica que los primeros programas de desarrollo no hicieron caso a la variable comunicacional y, cuando lo hicieron, se dio una absoluta falta de integración entre las estrategias de cambio y las comunicacionales (Beltrán, 1968a, 1970a). Para solventar este problema, alienta a preguntarnos qué tipo de desarrollo estamos buscando, para adoptar, en un segundo nivel subordinado, la comunicación que mejor ayuda a nuestros fines.

De acuerdo a este planteamiento, desde principios de los años 70, propone una definición de PNC que habría de guiar durante mucho tiempo los propósitos de la investigación y la planificación comunicacional: «Una política nacional de comunicación es un conjunto integrado, explícito y duradero de políticas parciales de comunicación armonizadas en un cuerpo coherente de principios y normas dirigidos a guiar la conducta de las instituciones especializadas en el manejo del proceso general de comunicación de un país» (Beltrán, 1974c: 4).

En esta conceptualización encontramos ya algunas de las claves de su proyecto, que podrían resumirse de la siguiente manera:

- Las tres características esenciales de las PNC son su estructura global («integrada»), su proyección taxativa y obligatoria («explícita») y su dimensión permanente y sostenida en el tiempo («duradera») (Exeni, 1998: 33-34).

- En segundo lugar, la suma de políticas parciales se armoniza en una estrategia global más amplia promovida por parte de las instituciones –públicas y privadas– y no por actores aislados.

- Tercero, las políticas tienen un carácter normativo y ético, algo implícito en su mención a la «guía de conducta», es decir, están orientadas a la consecución del cambio social.

agresión a la libertad de información de las empresas privadas. Años después consigue celebrarse una reunión en Costa Rica (1976), a la que Beltrán ya no es invitado, pero de la que deriva un documento también influido por sus lineamientos.

- Cuarto, el marco de las políticas es la nación. Sin embargo, Beltrán no limita su formulación y ejecución al Estado, sino que lo amplía a otros niveles –local, regional, interestatal–, sin que esto vaya en detrimento de la obligación que tiene cualquier gobierno de legislar en torno a la materia.

Años más tarde, Beltrán completa su esquema relacionando políticas, estrategias y planes, una tríada de instrumentos esenciales que, ordenados de forma temporal, habrán de guiar cualquier planificación en comunicación para el desarrollo: «En la base está la política, que sustenta a la estrategia, y esta conduce a la acción por medio del plan. La política es un conjunto de principios, normas y aspiraciones. La estrategia es un conjunto de previsiones sobre fines y procedimientos. El plan es un conjunto de prescripciones para regir operaciones. La política es doctrinaria, la estrategia es metodológica y el plan es ejecutivo. Es por ello que la política traza objetivos generales (anchos y de largo aliento), la estrategia plantea objetivos específicos (aumentando la precisión teleológica y, a menudo, acortando tiempo y espacio) y el plan estipula en detalle metas concretas (cuantitativas, tempo-espaciales y medibles)» (Beltrán, 2004c: 60-63).

En la década de los 90, Beltrán abandona, en parte, la formulación de nuevos lineamientos para las PNC, aunque ha seguido insistiendo en su pertinencia y haciendo sumario de los debates de los años 70, hasta convertirse en uno de los sus principales historiadores en pro de un nuevo orden de la información. Por otra parte, como señalan diversos autores (Aguirre, 1998; Azambuja, 1999; Exeni, 1988), su papel en esta materia no se restringe únicamente al plano teórico, puesto que su segundo gran aporte al campo es el de haber sido uno de los mayores dinamizadores de la discusión regional y mundial durante la «década de fuego» (Beltrán, 2007) de los 70: «Su inteligencia y su compromiso con la causa pública lo capacitaron no solo para producir documentos orientativos, como consultor de la Unesco, sino, sobre todo, para fomentar un debate constructivo entre sus compañeros y sus seguidores, entre países y continentes, contribuyendo decisivamente a la construcción de una visión crítica de la realidad social y a la formación de una intelectualidad latinoamericana más comprometida, de resistencia» (Krohling Kunsch, 1998: 58).²²

Su participación en el debate de las políticas es amplia y, aunque no podremos explorarla en toda su extensión en este epígrafe, se puede in-

cluso afirmar que todas las directrices generadas por la Unesco desde 1971 tienen su marca (*ibid.*: 58). Por otra parte, es reseñable su contribución indirecta a la configuración del NOMIC, un hecho que ha comenzado a estudiarse con profundidad hace pocos años, puesto que hasta entonces se consideraba una propuesta esencialmente adscrita al Movimiento de Países No Alineados (Marques de Melo, 2007).²³

5.5. Un nuevo modelo de comunicación horizontal

De acuerdo con una concepción de la praxis muy cercana a la de Freire, para el autor boliviano, cambiar la forma de nombrar y enfocar la comunicación contribuye a transformar la práctica de los medios, e incluso los propios modos de capacitación e investigación. De ahí que uno de los empeños más ambiciosos y prolíficos de su carrera haya sido la construcción de un modelo de comunicación ajustado a los objetivos del desarrollo y la democracia, y plasmado en su forma esencial en el «Adiós a Aristóteles: la comunicación “horizontal”» (1980). Beltrán es así uno de los fundadores mundiales de un modelo multiestructural e integral de la comunicación (para el cambio social a partir de una visión dialógica, participativa y endógena de la población en sus propias estructuras comunicacionales. Su punto de partida para la construcción del Modelo Horizontal de la Comunicación –o «modelo horicom»– es la denuncia del «modelo clásico mecanicista-vertical» (Beltrán, 1974a: 13), nacido en EEUU y exportado al mundo, que, al enfatizar en la persuasión y el consenso, instauraba una mirada reduccionista y conservadora a una realidad mucho más compleja, conflictiva y dinámica como la de la comunicación. Siguiendo al comunicólogo Raymond B. Nixon (1963), las raíces de este modelo eran en realidad más antiguas, puesto que la primera definición de Lasswell remitía directamente a la Retórica de Aristóteles y se perpetuaba en

23 Beltrán colabora en la redacción de un documento muy crítico que el ministro de Información de Túnez de aquel entonces, Mustafá Masmudi (1978), consigue incluir entre las referencias del Informe MacBride (Beltrán a Barranquero, 2009), en el que también se recogen alusiones a su «Adiós a Aristóteles». Estos hechos han sido constatados en una publicación reciente de José Marques de Melo: «Examinando detenidamente el texto producido por el equipo MacBride, verificamos que allí se destacan tres exponentes de la Escuela Latinoamericana de Comunicación: el brasileño Paulo Freire, el boliviano Luis Ramiro Beltrán y el chileno Fernando Reyes Matta» (Marques de Melo, 2007: 158-159).

la teoría físico-matemática de Shannon y Weaver o en los modelos teóricos de Schramm y Berlo.

Por otra parte, ya en los tempranos años 70, durante el proceso de escritura de su tesis doctoral, Beltrán había descubierto lo que denominaba el potencial subversivo de la auténtica comunicación: «La comunicación es eminentemente subversiva y revolucionaria en su naturaleza; el conocimiento que expande, las actitudes que inculca y los comportamientos que promueve pueden de hecho ser herramientas para la revolución [...]. Lo que hace a la comunicación desarrollista es su poder para generar la racionalidad, su capacidad de inducir conciencia e inconformismo, su potencial a dotar a la persona de independencia, con fe en un futuro asible, con el respeto hacia los demás y hacia sí mismo, y una concepción de la vida en la tierra como una aventura noble y que vale la pena, más que como una calamidad inevitable que hay que aguantar a cambio de una vida divina después de la muerte» (Beltrán, 1970a: 174).

De acuerdo con esta idea, Beltrán apuesta por «construir un nuevo modelo de comunicación, [...] humanizado, no elitista, democrático y no mercantilizado» (Beltrán, 1974a: 71), y, adhiriéndose a las tesis de Paulo Freire o Frank Gerace,²⁴ establece un esquema diametralmente opuesto al anterior (Beltrán, 1980: 20), aunque complementario de este,²⁵ que toma forma definitiva en el «Aristóteles...», en tanto que «proceso de interacción social democrática que se basa sobre el intercambio de símbolos por los cuales los seres humanos comparten voluntariamente sus experiencias bajo condiciones de acceso libre e igualitario, diálogo y participación. Todos tienen el derecho a comunicarse con el fin de satisfacer sus necesidades de comunicación por medio del goce de los recursos de la comunicación» (Beltrán, 1980: 17).

Al evaluar detenidamente la definición, podemos observar ya las bases de un nuevo modelo comunicativo:

1. *El ensamblaje teórico entre acceso, diálogo y participación*, las tres dimensiones interdependientes sobre las que se asienta el nuevo mo-

24 La denominación de «comunicación horizontal» la toma precisamente de un pequeño volumen de este comunicador estadounidense asentado durante los años 70 en tierras latinoamericanas.

25 Su concepción no es maniquea, puesto que el carácter complejo y conflictivo de todo proceso comunicacional dificulta la habilitación de mecanismos dialógicos y la pertinencia del monólogo en algunos casos: «Idealmente, todas las comunicaciones debieran ser horizontales. En la práctica esto no siempre es posible ni tal vez siquiera deseable. Por tanto, si la comunicación vertical tiene que permanecer en escena hasta cierto punto, lo que de ninguna manera debe suceder es que sea manipulatoria, engañosa, explotadora y coercitiva» (Beltrán, 1980: 20-21).

delo, ordenadas por dificultad de logro, siendo el acceso la precondition y el nivel más bajo de intervención ciudadana, y la participación el nivel más difícil de ejecutar y, por ende, su paso último o culminación al presuponer el ejercicio efectivo del derecho –y equivalencia de oportunidades– a emitir mensajes por parte de la ciudadanía (Beltrán, 1980: 18-20). La comunicación adopta de esta manera una dimensión bidireccional –de doble vía– y horizontal –de equilibrio–, orientada a la construcción comunitaria del pensamiento, los valores o el comportamiento humano. Consecuentemente, la distribución de roles cambia respecto al modelo anterior y la tradicional distinción entre fuente y receptor es sustituida por la de «comunicador» activo en el proceso de emitir y recibir mensajes.

2. *La estructura sobre la que se asienta el proceso.* De acuerdo a un esquema inspirado por Harms y Richstad (1977), las dimensiones anteriores se asientan en una revalorización de la necesidad y del derecho intrínsecamente humano a comunicar, empleando las herramientas y los recursos a su servicio.

3. *La concepción de la comunicación como proceso.* La nueva comunicación se define como «interacción y relacionamiento social por intercambio múltiple y voluntario de experiencias» (Beltrán, 2007b), es decir, como proceso y continuo, dinámico y cambiante, en el que todas las partes se interrelacionan en la búsqueda de determinados fines.

4. *Un feedback dialógico y multidireccional.* La retroalimentación como elemento de control del antiguo modelo se sustituye por un nuevo tipo de relación social dialógica y múltiple, que conduce a la construcción comunitaria de los significados.

5. *El énfasis en el cambio social.* Por último, frente a la orientación de funciones y efectos, el esquema asume las variables estructurales de todo proceso y sitúa a la comunicación «al servicio de la transformación de la sociedad para forjar el desarrollo realmente democrático» (Beltrán, 2007b).

5.6. Otras contribuciones recientes

Para finalizar el estudio de la obra de Beltrán, conviene reseñar, aunque sea de forma somera, el extenso conjunto de preocupaciones recientes de su obra, entre las cuales destaca, por su ambición, la labor de revisión histórica del campo de la comunicación para el cambio social. Así, desde

los años 90, su producción bibliográfica se ha diversificado más que nunca en torno a áreas tan distintas como la investigación del papel de la radio en el desarrollo, las experiencias de comunicación alternativa y comunitaria, los sistemas de información en la América precolombina, la planificación de la comunicación rural y para la salud, o el diseño de nuevas estrategias y políticas comunicativas frente al avance del neoliberalismo (Beltrán, 1981, 1993a, 1993b, 1994a, 1994b, 2000, 2002, 2005a, 2005b, 2007).

En 1993, Beltrán sorprende al proponer una nueva relectura histórica y conceptualización de la comunicación para el desarrollo, con especial énfasis en los modelos que nacieron o penetraron en Latinoamérica (Beltrán, 1993), un trabajo en el que profundizará en los años siguientes (Beltrán, 1995, 1996, 2002). Según su perspectiva, la subdisciplina nació de forma paralela en Latinoamérica y en EEUU, primero en la práctica –finales de los años 40– y una década después en la teoría. Y aunque resulta difícil agrupar el campo en torno a definiciones universalmente válidas, es posible establecer continuidades históricas y tres grandes modelos de actuación, dos de carácter exógeno (los primeros) y uno exógeno (el último): la «comunicación de apoyo al desarrollo», la «comunicación de desarrollo» y la «comunicación alternativa para el desarrollo democrático». Solo la comunicación alternativa, cuyas primeras iniciativas se pueden rastrear en Latinoamérica resulta, a decir de Beltrán, genuinamente democrática, puesto que contribuyó a que los pueblos del Sur tomaran conciencia de la posibilidad de apropiarse de las herramientas tecnológicas a su alcance a fin de hacer oír su voz tras siglos de dominación y silencio. Por otra parte, en el ámbito de la teoría, Beltrán insiste en que América Latina es asimismo el continente pionero en cuestionar el modelo de desarrollo imperante en la academia estadounidense –teoría de la dependencia–, y su patrón comunicativo –comunicología de la liberación–, y es allí donde se esbozan de forma originaria los modelos alternativos más adecuados a los contextos locales específicos y al servicio de la democracia.

Pese a que en los últimos años la multiplicación de movimientos sociales a escala global supone un indicio para el optimismo, el autor alerta del avance imparable de un sistema neoliberal global y tecnológico que tiende a desregular y a concentrar el poder cultural en menos manos que nunca. Frente a esto, propone armar estrategias con realismo y fortalecer, entre otros, las redes de intercambio y cooperación científicos, o las alianzas entre instituciones de diversa escala y objetivos (Beltrán, 1994a). Por otro lado, alienta a favorecer una planificación más racional de la comunicación alternativa, así como a institucionalizar estas experiencias, con el

objeto de fortalecerlas y de favorecer *lobbies* de presión que fortalezcan políticas comunicacionales afines a las búsquedas democráticas.

Por último, Beltrán invita a no ceder en el empeño crítico ni en el sueño de construir una sociedad mejor pese a los numerosos obstáculos. Su llamada a no abandonar jamás los horizontes posibles se resume bien en este párrafo sumatorio: «Forjar utopías es la capacidad de mirar lejos y de enfrentar a lo imposible como si fuese posible. El que esboza a la distancia una “locura divina” podrá dar su vida por hacer de su sueño un día una bella realidad. Lo que algunos enamorados de la quimera propusimos en los años 70, época en que aspirar al cambio social era una utopía herética, es lo que hoy parece estarse procurando lograr en cierto grado en algunos de nuestros países [...]. Sabemos muy bien que hay muchas cosas que no hemos podido lograr, pero, mientras haya ilusos que sigan soñando, ojalá algunos retomen la fe algún día para seguir en la lucha por la justicia para nuestros pueblos. Si todos abandonáramos este sueño, no habría merecido la pena vivir. Recordemos a Paulo Freire, que dice que la utopía no es lo irrealizable, es lo dialéctico» (Beltrán a Barranquero, 2009).

Bibliografía

Entrevistas y bibliografía seleccionada en torno a la obra de L. R. Beltrán

- AGUIRRE, José Luis (1998): «La investigación para democratizar la comunicación: los aportes de Luis Ramiro Beltrán», en Marques de Melo, J. y Brittes, J. G. (orgs.): *A trajetória comunicacional de Luis Ramiro Beltrán*, São Bernardo do Campo, São Paulo, UMEESP, págs. 99-110.
- ALFONSO, Alejandro (1998): «Las políticas de comunicación en América Latina como inspiración de Luis Ramiro Beltrán», en Marques de Melo, J. y Brittes, J. G. (orgs.): *A trajetória comunicacional... op. cit.*, págs. 21-30.
- ANZOLA, Patricia (1982): «Beltrán: no renunciemos jamás a la utopía», *Chasqui* 3 (abril-junio), págs. 6-11.
- AZAMBUJA, Germano (1999): «As idéias de Luis Ramiro Beltrán (o homem, seu pensamento)», *PCLA* 1/1 (octubre-diciembre).
- BARRANQUERO, Alejandro (2009): *Latinoamérica en el paradigma participativo de la comunicación para el cambio*, Málaga, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga.